

- ¡Vetusteces!
- Vetusteces, ¡ah!, sobre las que descansan los pueblos.
- Pues si no hubiéramos prescindido de las más antiguas y de las más respetables, cree; Nerón, que no serías emperador.
- Cálmate, Agripina — dijo Nerón.
- No puedo con calma oír que desacates á tu madre.
- ¿Cómo?
- ¡Me desacatas, Nerón!
- Cálmate, Agripina — dijo también Vitelio, uniendo sus ruegos á los ruegos de Nerón.
- Pues repito que me maravilla mucho pueda sobre la presencia tuya en el Senado decir Vitelio que es imposible, y no pueda decir Nerón sobre tu asistencia incomprensible á la recepción de los embajadores armenios que no la consentirá.
- ¿Cómo que no la consentirá?
- No la consentirá.
- Nerón, empiezas la vida desacatando á tu madre y el imperio desobedeciendo á la emperatriz.
- ¡Madre y señora!..
- ¡Hijo descastado!
- Yo puedo tolerar todo cuanto hagas á solas y en secreto de mi corona.
- ¿De tu corona? — preguntó airada la emperatriz.
- De mi corona — dijo el emperador recalcando la palabra.
- Dioses, decidle qué corona de ignominia llevaría en sus sienes el hijo de Æneobarbo, si Agripina no le ciñe con sus propias manos, á impulsos del corazón suyo de madre, la corona cesárea.
- El horóscopo — dijo Vitelio, acercándose de nuevo al oído de la emperatriz, — el horóscopo.
- Mira, Nerón — exclamó Agripina, serenándose al recuerdo de la profecía hecha por los adivinos y astrólogos, como si viera en todo cuanto pasaba, no la voluntad propia del César, un fatal decreto del destino, — mira, tengamos la fiesta en paz. Por una ley natural has de sucederme y heredarme; no tengas impaciencia y no fuerces al tiempo, demandándole cosa que deberá darte por necesidad ineludible. Mañana tenemos, como te iba diciendo, embajadores, y embajadores de Armenia, punto capital estratégico en el

mundo romano. Has visto cuánto yo hiciera por granjear á tu mocedad un imperio que tu mocedad no puede por modo alguno dirigir; está en él como estarías en una escuela donde aprendieras á reemplazar pronto al maestro mismo que te daba lecciones. Has visto cómo gobierno, cómo decreto, cómo legislo: mañana verás cómo trato á los embajadores. Mi objeto único, al meterme, como ves, en todo, es enterarte de todo por medio de lo más instructivo, por medio del ejemplo. Cultivo un campo hermoso para ti, dejándote pingüe propiedad en el mejor estado que puede imaginarse. Por consecuencia, no te malhumores y deja vivir á tu madre. Bésame y á la cama.

Besó Agripina con amor á su hijo y dió la mano con descuido á su ministro, despidiéndolos, y decidida por aquella noche á no reír los plañidos del uno y los consejos del otro. Nerón salió con apariencias de humilde, pero con rabia de humillado. El disimulo imperaba ya en sus costumbres. Cuando parecía que los años le prestaban la naturaleza franca y soberbia del fiero león, resultaba, con prematuras perfidias, felino y traidor como un tigre. Así se guardó la suya, callando ante Vitelio que le acompañaba y apercibiéndose á un primer acto, de verdadera emancipación, aunque apareciese con visos de rebeldía. Despidió muy cariñoso al ministro, y hasta muy alegre, porque los reconcomios y los rencores iban por dentro, sin permitirse pasar á los labios, magüer que á borbotones saltaban y hervían en el corazón. Mas, ya solo, ya encerrado en su cubículo, dió rienda por completo á su rabia. Como realmente no tenía con quien pegar, la pegó consigo. Rasgóse la túnica en pedazos. Retorcióse las manos como si padeciera dolores atroces. Golpeóse la cabeza. Dos ó tres veces se tiró contra el suelo como si quisiese destruirse y aniquilarse. Mugió en unos momentos como becerrillo en celo. Maulló en otros como gato montés en acecho de segura caza. Corrió por la estancia con saltos de hiena enjaulada. Y concluyó por arrojarse á su lecho como si á un abismo se arrojara. Pero no podía dormir. Se levantó, llamó á varios domésticos y les propuso irse detrás en aquellas altas horas de la noche. Los de su servidumbre, que le obedecían cual maniqués, se dispusieron á seguirle; pero cejó pronto en su propósito; «y eso — decía — que sólo tengo á mano como mujer á mi esposa Octavia,

reservada por mí en una intangibilidad que habrá de hacerla muy buena para vestal.» Mas no queriendo irse por aquella noche á la prostitución, resolvió compensar ésta con la Filosofía. Y no queriendo en aquel momento despertar á su maestro Séneca, encargó le llamaran muy temprano y le dijeran como necesitaba de su consejo. Y así lo hicieron. Pero no durmió Nerón. El insomnio ataca de continuo al nervioso y al demente. La prueba mejor del desarreglo de los nervios dada por Nerón, era esta vigilia constante, que le constreñía en las febriles noches eternas á salir de casa, y dejando el cubículo y su lecho, á correr como un loco en busca de varias y profundas emociones. Aquella noche se retuvo en su alcoba, si bien vigilante y desvelado, hasta que vino el alba, y á poco del alba el filósofo requerido. Nerón le dijo á Séneca cuanto sucedía, y le pidió sobre todo ello su juicio y sentir. Séneca esquivaba mucho decidirse. Como viera el rompimiento entre Claudio y Agripina con anticipación, veía el rompimiento ahora entre Nerón y Agripina como un hecho inevitable. Y muy propenso de suyo á inclinarse del lado que se inclinaría la victoria, no sentía seguridad alguna del proceder de Nerón y no fiaba gran cosa en su destreza, siquier tuviera esperanza grandísima en su fortuna. Pero temía, y lo temía con fundamento, verse aplastado, por cogido como entre dos ruedas entre los disentimientos de la madre y del hijo. Muy sabio de suyo, y amén de sabio industriadísimo por los hechos en la vida humana, entendía que mientras pugnasen hijo y madre lo respetarían á él ambos, por prometerse de su flexibilidad que sirviese á cada cual de instrumento. Y como sabía esto, tan favorable á su poder en aquella corte, sabía también cómo en cuanto la guerra se declarase y cualquiera de los contendientes triunfara, lo perdería todo él; pues si ambos á dos lo deseaban en sus sendos planes para instrumento, lo aborrecían y lo rechazaban como tutor, enemigos por la envidia, natural á las alturas, de la incontestable soberanía que sobre todos le daba su manifiesta superioridad. Así, viendo tan próxima la nube á estallar, despachó cuatro generalidades científicas y le dirigió al pupilo esta jaculatoria moral:

— Bueno curar de tu Imperio, pero en términos de que tal cura no llegue á quitarte los afectos justos; como bueno curar de tu cuerpo, pero en términos de que tal cura no llegue á convertirte alguna

vez en esclavo suyo. Debes gratitud á tu madre y no es cosa de olvidarla por un poco de gobierno más ó menos, ni de conducirla tampoco á un extremo que te desdore y envilezca. Procede respecto del Imperio como tantas veces te he dicho procedas respecto del cuerpo. Sin él no puedes vivir ciertamente; pero tampoco debes para él vivir con proscripción y olvido de tantas y tantas cosas como te obligan en tu calidad triple de hijo, de ciudadano, de César. Querer demasiado el Imperio equivale á querer demasiado el cuerpo. A fuerza de cultivarlo, caerás en el vicio, cuando no hay placer verdadero sin medida y sin honestidad. Guarda el Imperio; si lo crees detentado por tu madre, recábalo, pero sin olvidar cuanto á ésta debes y sin ofenderla. Como la pobreza, como la enfermedad, como la deshonra, debe uno á toda costa impedir la opresión, más dolorosa para ti que para los demás, pues el sitio donde te hallas parece destinarte á imponerla tú á los demás y á no aguantarla de nadie. Comprendo te subleve ahora el dominio de Agripina por el aparato que trae, como nos asusta el verdugo, no ciertamente por sí, por las herramientas de atormentar y matar que apareja y monta. Otros enemigos te importarán más que tu madre y te amedrentarán menos. Cuando la ves desde sus alturas venir á ti, parécete que se viene sobre ti todo un ejército. Así burla cuanto puedas su fuerza y poder; pero con semblante y apariencias de acatarla y servirle. Te perdonará mejor una falta de obediencia que una falta de respeto. Conozco que, reteniendo ella el poder y deseándolo entero tú para ti, no podéis, no, ser amigos. Pues no seáis enemigos. No provoques su cólera. Estrellaríaste contra el escollo. Bordéalo. Evita cuanto pueda en alguna manera dañarte, pero sin apariencias de evitarlo. Quanto más quieras de su mano desasirte ahora en la vida, mayor culto debes ofrecerle y prestarle de palabra. No la huyas, pues desamamos todo lo que huímos. Cuanta menos razón tenga ella, más debes tú estar con ella de racional y de conciliador. Eres joven. Suple lo corto de tu edad con lo largo de tu circunspección. Procura no aumentar con una imprudencia de tu parte la fortuna y el poder de quien desee robarte así la fortuna como el poder mismo. Ni sientas la envidia en tu corazón, ¡oh César!, ni procedas de modo que llegues á promover odio á ti en el corazón de una madre que por amor á ti tantas temeridades ha hecho. Ármate

de la Filosofía y te servirá como no podría ningún puñal servirte. Todo vicio tendrá que disfrazarse con los trajes del bien, si quiere conspirar contra la virtud. Nerón, es muy difícil que la discordia entre tu madre y tú interese á los hombres. Si de la libertad se tratase, correríamos todos á su auxilio y defensa en Roma, como Pompeyo en Farsalia, como Bruto en Filipos, como Catón en Utica. Pero no se trata de la libertad, por todos desconocida; no se trata de esto, se trata de si debe reinar Nerón ó debe reinar Agripina. No se trata de la calidad de nuestro derecho; se trata del nombre de nuestro señor. Ya puedes comprender la indiferencia de todos. Hasta en la vida privada podéis ejercer el gobierno, cuando pensáis con una razón desembarazada y procedéis á derechas. ¿Cuánto más no habrá de suceder esto á ti, siendo como eres el primero entre los hombres y no el último entre los dioses? Mucho puede la conciencia reprobar en Agripina sus ambiciones, mas procura también que la conciencia no repruebe tus ingraticudes. Puesto que mandas, no des á tu poder aspecto de rebeldía. Puesto que de buen hijo te precias, por captar demasiado el Imperio no te olvides, no, de la Naturaleza.

— No me gusta, Séneca, tu sabido método de echar con meditación reconcentrada y voluntad firme una de cal y otra de arena en todos los problemas, y con especialidad en los problemas relativos á las relaciones entre la persona de mi madre y mi persona. Yo he dejado hacer cuanto le pedía el gusto á la emperatriz. Ha dado decretos de proscripción. Pues proscritos están los que condenara ella. Le ha parecido bien dar sentencias de muerte. Pues muertos sus enemigos. Nada tan repugnante á mi corazón como la inmola- ción del tesorero Narciso, tan fiel á Claudio. Arriba, en las alturas; donde nos hallamos expuestos á las traiciones, debe reconocerse y premiarse la fidelidad como servicio á uno, aunque sea en obsequio de otro. Pero quiso que se matara el fidelísimo liberto sobre el sitio mismo donde mandó matar á Mesalina, y allí murió, sin que saliese una protesta de sus labios. Ha querido divinizar á Claudio. Dios es, aunque te rías tú de su divinidad. Ha querido llamarse sacerdotisa. Por sacerdotisa la tenemos todos. Ha querido instituir un colegio augural claudiano. Pues un colegio claudiano hay, como si Claudio se identificara con Júpiter. Dos lic-

tores pidió. Dos lictores lleva como los reyes antiguos. A guisa de general manda la legión germánica. Que la mande. Luego designa la cohorte pretoriana que debe dar la guardia. Que la designe. Raja y corta por donde le parece. Que raje y que corte. Pero se levanta la infeliz á mayores y no puedo consentirlo. Ya sabes el discurso lleno de promesas, dictado por ti para el Senado. Pues nada menos intenta que reunir el Senado en su cubículo. Con toda lisura te digo que no puedo consentirlo. Su mismo favorito Vitelio, perro suyo, se lo afea. Y ahora vamos á lo grande. Ya sabes de cuántos prestigios arriba y de cuántos respetos en todas partes gozan los embajadores llegados desde luengas tierras al seno de Roma. Sobre si podían venir los reyes aliados ó no en persona, sobre si podían venir ó no los reyes sometidos, sobre las prerrogativas que debían tener y los privilegios que debían gozar, sobre los sitios de sus residencias y sobre los emolumentos de su cargo hase discutido en Roma siglos de siglos. Hay un ceremonial para su llegada. Se les designa de oficio una grande habitación, que habrá de hallarse fuera ó dentro de nuestros muros, según que tengan tal ó cual carácter. Nunca el Senado ha querido ceder sus privilegios en la recepción de embajadores. Durante los cónsules, pronunciaban éstos el discurso de bienvenida, pero bajo el dictado de los trescientos senadores que han gozado aquí, en guisa de reyes, incontestable autoridad. Acordaos de la que armaron estos señores cuando vinieron los dos monarcas Ptolomeos del Egipto á deferirles su grandioso litigio. El embajador es un monarca. Su asiento en los juegos se halla colocado casi al nivel de nuestro asiento. Los gastos de su residencia entre nosotros se pagan del erario romano. Siempre su recepción fué como una ceremonia religiosa. ¿Pues no se ha empeñado Agripina en recibirlos ella? ¡Imposible, imposible, imposible de todo punto! ¿Qué van á decir los senadores? Cuando han grabado en columna de plata y con letras de oro el conjunto en serie de todo aquello prometido por mí respecto de la conservación de sus prerrogativas, no habrá quien me imponga un desconocimiento tan deshonoroso de mi palabra y un olvido de mi deber tan grande. ¡Cómo se burlaría de mí Persio! ¡Qué versos no sugeriría la indignación á Lucano en sus cánticos del régimen antiguo y en sus comparaciones elocuentísimas de este su predilecto régimen repu-

blicano con el régimen imperial! Aunque me aspen, jamás pasaré por lo que pretende mi madre. Tiene derecho á matarme, si gusta; pero no tiene derecho á ponerme de modo alguno en una posición ridícula que me haga ludibrio del pueblo y de la historia. Ó no recibirá mi madre á los embajadores, ó no seré yo quien soy. Vamos á verlo, Séneca, vamos á verlo, aconséjeme tú lo que me aconsejes y digas lo que quieras.

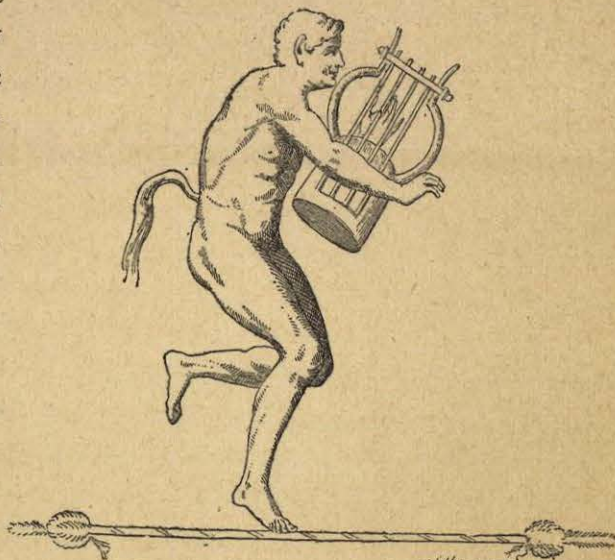
— Grave, muy grave, Nerón, cuanto me dices. La congregación del Senado en la cámara imperial, por mero capricho de las vanidades femeniles de tu madre, paréceme un desacato á Roma y precisa impedirlo por todos los medios. El incumplimiento de tu palabra con respecto á las prerrogativas senatoriales, no sólo haría que mal quedara el Imperio, haría que aún quedara peor divinidad tan merecedora y digna de nuestro culto como la Filosofía. No hablemos del empeño en recibir á los embajadores que Agripina muestra; eso no puede oirse, no, con paciencia. Está visto que, mandando y mandando, aspira, no solamente á la realidad interna del gobierno que todavía no ha trascendido fuera del palacio, á los honores externos que concluirían por promover un escándalo universal. Congregar ella el Senado en su cubículo, irreverencia horrible á Roma. Recibir ella los embajadores, desacato mayor al mundo entero. Tú eres cónsul, y como cónsul presides el Estado; tú eres pretor, y como pretor interpretas la justicia; tú eres tribuno, y como tribuno personificas el pueblo; tú eres pontífice, y como pontífice guardas algo de la Majestad divina del cielo en ti mismo; tú eres dictador, y como dictador vinculas en tu voluntad la voluntad romana; tú eres generalísimo, y como generalísimo mandas el ejército; tú eres censor, y como censor guardas la pública moral; tú eres, amén de todo esto, César, y como César cabeza del Estado, y como cabeza del Estado habrás de recibir á los embajadores ó el mundo dejaría de ser mundo y el cielo cielo. Pero no hubo más remedio que desde tales alturas proclamar la superior dignidad cuasi divina de tu excelsa madre, porque me arrancó de las garras del imbécil Claudio á mí, en tanto que á ti, Nerón, te hizo ella sola César. Mas debía comprender que ni las leyes imperiales, ni las costumbres antiguas, ni las tradiciones históricas permiten cuanto pretende respecto del Senado y de los embajadores

ella, sin que tú dejaras de ser en el acto César, deshaciendo así la obra que se gloria de haber hecho. Yo no puedo aconsejarte contra Agripina, porque me lo impide mi gratitud á ella; pero no puedo aconsejar la sumisión á cuanto ella desea, porque me lo impide mi altísimo concepto de Roma y la veneración religiosa que debo á todas sus instituciones, y entre todas sus instituciones al Senado. Y tienes razón: el Senado se creería desvestido de sus prerrogativas más altas y de sus privilegios más gloriosos al verse sin la recepción casi litúrgica de los embajadores, transmitida por debilidad irremediable de su joven emperador á una mujer. En casos así no hay que llevar un plan preconcebido; hay que dejar un poco de su imperio á la casualidad externa y otro poco de su fuerza natural á la interna inspiración. Preveo lo que pasará. Mas, dado el carácter y la complexión de tu madre, no tiene remedio. Verá en el acto de prohibirlo toda intervención en aquello que por motivo ninguno le atañe, no la espontánea y natural resistencia de tu ánimo á un acto cuya perpetración en primer y mayor término á ella dañaría; verá un comienzo de confabulación secreta contra su poder, y se defenderá con las uñas, con los dientes, por medio del puñal, por medio del veneno, infligiendo la muerte y el deshonor á todos, cual hiciera siempre. Me dirás que pido cosas demasiado duras y te aconsejo emplees en su cumplimiento y realización medios demasiado blandos. Pero no puede uno sustituirse á la naturaleza, é ignora por lo mismo qué recurso para salir de tan mal paso y sacar de él á tu madre podrá sugerirte tu amor y tu corazón de hijo. Todos tenemos la culpa de lo que ahora pasa. Todos la hemos dejado que se creyera un emperador de veras y mandara como un príncipe á los senadores, como un general á los soldados, como un pontífice á los sacerdotes. Desde que murió Claudio no ha salido á la calle vez alguna sin llevarte consigo en su litera, y muchas veces hete visto yo, no dentro de la litera, como cumple á un príncipe, fuera, como podría ir un liberto. Habremos de destruir aquello mismo que nosotros hemos hecho. El trono suyo está muy alto, porque lo hemos erigido en nuestros brazos. El cielo suyo aparece muy espléndido porque lo hemos iluminado con el esplendor de nuestro espíritu. Pero hay que desvanecerlo al soplo nuestro y que apagar las luces en él encendidas por el propio éter de

nuestro pensamiento. Perdona si no sigo, Nerón, perdona. Dejo á tu arbitrio los medios más dulces de impedir que reciba tu madre á los emperadores de Armenia; pero así como te dejo la elección de los medios, te digo, respecto del fin, que impidas la recepción por ella, ¡oh dioses!, á cualquier costa.

No se lo dejó decir dos veces Nerón. Aconsejado por Séneca, en quien había su madre misma puesto la estrella conductora de la vida y del alma suyas, bien podía él atreverse á todo, aun á la indispensable arrogación del poder, y saltar sobre todo, aun sobre los remordimientos de la propia conciencia, y sobre la gratitud por una donación del Imperio que deseaba él hacer efectiva, y Agripina reducía por su ambición á meramente honoraria. Mucho le disgustaba, en el estado de su ánimo entonces, contender con la emperatriz, pues aunque no dejaba de temerla, tampoco dejaba de amarla; pero desde el punto y hora en que Séneca le movía, estaba todo justificado y podía decir, ante la tierra y ante la humanidad y ante la historia, como determinaba los movimientos de su voluntad el alma misma de su madre, concentrada, según ella decía, para todo cuanto fuera ejercicio de la inteligencia y de la idea, en el alma de Séneca. Fuerte con las reflexiones del filósofo y alegre por comenzar en aquel momento su retardado gobierno, del cual habíanle retraído filiales respetos, Nerón comenzó á preparar todo lo necesario para que la recepción de los embajadores armenios correspondiese á su importancia y no estuviera en tan solemne ceremonia su madre. Así convocó el Senado al recibimiento y designó un templo en que los recuerdos senatoriales predominasen sobre los recuerdos cesaristas. En seguida citó cuantos cortesanos pudo, para que aumentasen la majestad del acto con su concurso. Después de haber convocado la corte, convocó los representantes de todas las magistraturas, y tras los representantes de todas las magistraturas los jefes de todas las armas. No se habían visto nunca pompas ó acompañamientos parecidos. Y siendo hechura de Nerón la ceremonia, inútil decir cómo predominarían las bellas artes en ella. Escogió el templo de más hermosas pinturas, de más helénicas estatuas, de más gloriosos trofeos; encargó recitaciones múltiples de versos latinos y griegos á los primeros actores en ambas lenguas que alojaba en aquella sazón Roma; or-

denó él mismo las orquestas, designándoles aquellos trozos mejores del divino arte; á tal arpista le señaló el instante, con mucha ciencia prefijado, en que debía pulsar las cuerdas de su instrumento y tañer un solo de arpa, como á tal flautista, vestido cual un dios Pan, cuándo debía tocar un solo de flauta; compuso y regimentó los coros cual pudiera un generalísimo el ejército, y señaló una guirnalda de bailes que debía trenzarse y extenderse desde la puerta del palacio de los césares hasta la puerta del palacio de los senadores; sacó en vistosos grupos, distribuyéndolos por todas las encrucijadas, atletas olímpicos, gimnastas nubios, gladiadores tracios, jinetes dálmatas,



Acróbata

cómicos atenienses en tal manera, que parecía la Ciudad Eterna una ciudad de acróbatas, como el intrincado laberinto de sus calles un circo inmenso; y si á todo cuanto llevamos dicho añadís las comitivas con sus trajes multicolores, los pretorianos con sus petos y sus cascos relucientes, los embajadores con sus dalmáticas y sus tiaras orientales, los sacerdotes con sus coronas de verbena, el César en toda su majestad, tendréis un cuadro que apenas puede tras veinte siglos evocar la imaginación, aunque haya sido real y verdadero en la historia.

Imaginaos el asombro de Agripina, cuando la enteraron de lo dispuesto y arreglado á sus espaldas por el hijo á quien había ella hecho un dios, á condición de que allá en su divinidad se quedase como en un templo inaccesible, y no quisiese nunca jamás descender al mundo, amortizado en las manos de quien forjara tal diadema é hiciera por sí sola tal sublime divinidad. No podía la omni-

potente diosa prestar crédito á lo que transmitían á su intelecto los ojos y los oídos. Parecíale todo lo que pasaba un sueño que le asaltaba por haber ella perdido la razón y no su hijo la memoria. Levábase, pues, las manos á las sienes y se las apretaba, como si apretándolas quisiera ponerlas de nuevo en caja, por habersele desquiciado y haberle transmitido en su desquicio cosa tan inverosímil é imposible cual la ingratitude de Nerón. ¿Cómo? Se había reunido el Senado en sitio no dispuesto por ella; se había señalado para su reunión una hora no señalada por ella; se había redactado sin su conocimiento lo que debían decir los embajadores; se había redactado la respuesta del César y convenido sin su sanción; se habían congregado desde los sacerdotes hasta los pretorianos: Roma huía de su imperio y la razón de su cerebro. En el primer minuto de tal espanto quiso apelar al extremo de alzarse con la corona ella misma y sacrificar su hijo á la salud del Principado, como el primer Bruto sacrificará su hijo á la salud del pueblo, quedando por este cruelísimo hecho inmortalizado en la historia. Pero ¡ah! que bien pronto veía con su clara inteligencia como no le era permitida cosa ninguna en el mundo romano á la mujer, y fuera del cargo religioso de sacerdotisa, muy restricto y condicionado, no podía ejercer ningún otro cargo. ¿Qué intentar? Entonces vió en todo aquello una conjuración de republicanos, satíricos, estoicos, dirigida por poetas y pensadores contra su gobierno, apoderados unos y otros de su Nerón, á quien habían constreñido á desacatos semejantes contra su madre por haberle sorprendido lejos de la presencia de ésta y de la fascinación por su maternal mirada ejercida sobre la voluntad y el ánimo del César. Así creyó arreglado cuanto había que hacer y recuperada su autoridad con sólo presentarse ante Nerón. ¿Cómo había él de rechazarla? ¿Cómo desconocerla? ¿Cómo desairarla en presencia del Senado, de los senadores y de todo el mundo? No, imposible. Se vistió de sus mejores galas; se rodeó de su numerosa corte; y en procesión que competía con la del emperador, y aun le aventajaba, se dirigió al Senado para sustentar la parte de autoridad que le quedaba, sentándose junto á su hijo en la recepción solemne de los embajadores armenios. Pero al acercarse, vió la triste realidad revelada por Nerón. Llegada la emperatriz al vestíbulo del templo,

salióle al paso el emperador, y asiéndola con dulzura de la mano, condújola con resolución á lo que podríamos llamar sacristía de aquel sacro lugar, y se volvió á la recepción. En seguida reentró al templo, entre el universal asombro, y notificó á los embajadores que no se contentaba con menos que con la presencia en Roma de su rey Tiridates para sellar así una perdurable amistad. Y mientras tanto decía en su encierro y entre dientes Agripina:

— Goza de tu poder, hijo desnaturalizado; bien pronto te condenaré á que sufras como verdadera mujer la pesada Octavia, y si es preciso te arrojaré del trono, y en el sitio que dejes tú vacío colocaré al infeliz que ha sido víctima de mis ambiciones y del amor desatentado mío á ti, colocaré á Británico. Lo digo, y se hará. Tiembla, Nerón. Tu madre será desde hoy madrastra tuya, y la madrastra de Británico será su madre. Apercíbete al destronamiento y á la muerte.